

LA CONCEPCION DE MURILLO



(HISTÓRICO)

UN joven que podía tener hasta 25 años, y cuya fisonomía fina y expresiva era una mezcla singular de dulzura y de profunda meditación, andaba á buen paso por el camino que, siguiendo las riberas del río Manzanares, conduce á la puerta de San Vicente.

Sin fijarse en los objetos que le rodeaban, sin hacer alto en el majestuoso aspecto de Madrid, que se presentaba a su vista con sus grandes plazas, su soberbio Alcazar, sus 100 iglesias, sus fuentes magníficas y sus famosos jardines, pasaba de una á otra calle, concentrando, al parecer, su espíritu en una idea que le absorbía enteramente.

Había llegado frente al palacio del Buen Retiro. edificio sombrío, sin regularidad, y que, sin embargo, lleva el sello de una verdadera grandeza. Allí se detuvo, miró con sus ojos penetrantes las negras paredes que habían sido testigo de tantos dolores, sufrimientos y fatigas, y también de tanta y tanta gloria en la época que los soberanos de España llevaban vestidos, coronas, y en que se podía decir sin exageración que el sol jamás se ocultaba en sus dominios.

Bien resuelto venía nuestro desconocido en el designio que traía, para que echase pie atrás en el último momento. Acercóse, pues, á los guardias de palacio y solicitó entrar en la habitación del pintor Velázquez, que vivía allí con la familia real. Vino un oficial, y mirando á nuestro joven de arriba abajo, le dijo con desdén:

- Señor caballero, ¿por ventura Velázquez os ha dado alguna cita?
- No tengo el honor de que él me conozca.
- ¿Traéis alguna carta de recomendación que presentarle?
- Ninguna.

El oficial, haciendo un gesto, le dijo con sonrisa socarrona:

—¿Y creéis poder ser admitido así no más por el gran Velázquez, el primer pintor de S. M. Felipe IV y del célebre Ministro el Conde Duque de Olivares? ¡Ah! ¿sin duda pensáis que el más ilustre artista del mundo entero, el amigo de Rubens, el favorito de los reyes, se ha de tomar la molestia de recibir al primero que llegue?

Y con aire triunfante se retiró, retorciéndose el bigote.

El pobre joven quedó consternado; pero reanimándose un tanto, llamó de nuevo al oficial y le dijo:

—Señor Capitán, si sois buen cristiano, no rehusaréis prestar un servicio á un pobre mozo que viene desde muy lejos para obtener una audiencia del Sr. Velázquez.

—Con mucho gusto—dijo el oficial, prendado ya del aire modesto y agradable del joven y de la ternura con que le enderezaba debajo de la capa un pequeño cartón que le entregó al oficial, con un billete que allí mismo escribió rápidamente con su lapiz, y decía:

«Ilustre Velázquez:

Ni vos me conocéis, ni yo os conozco personalmente; pero siento la necesidad de veros, de manifestaros mi respetuosa admiración. Con este solo objeto he venido á pie desde Sevilla.

El arte es mi vida, ó más bien mi ilusión, mi sueño, porque ignoro si lo que Dios me inspira es una verdadera vocación ó solamente es el delirio del orgullo y el humo de la ambición.

No puedo conocerme á mí mismo, ni medir mis fuerzas, porque no tengo experiencia; por eso necesito veros, hablaros, contemplar y estudiar vuestras obras inmortales. Que yo satisfaga este ardiente deseo y me creeré dichoso.—*Bartolomé Esteban Murillo.*»

Al cabo de diez minutos el oficial del palacio volvió á la verja de la puerta risueño y apresurado, y tendiendo la mano al joven, le dijo con cierta expresión de deferencia:

—Sígame vuestra merced, si gusta.

—¡Cómo! ¿pues me ha sido concedido?.....

—Vamos á ver á Velázquez.

Atravesaron todo el palacio, volvieron sobre el ala izquierda, después, pasando por una galería adornada con bajos relieves en mármol, vasos griegos y flores, digno restíbulo de la habitación de un grande artista, llegaron al fin al departamento en que éste se hallaba.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez era el jefe de la escuela de

Madrid. Felipe IV, para consolarse con las bellas artes de las contradicciones y disgustos de su reinado, le había colmado de favores, instalándole en el palacio del Buen Retiro con toda la magnificencia de un príncipe.

Velázquez le recibió con aire benévolo y cortés, y cuando el joven se acercó tímidamente, el noble pintor le tendió la mano y apretó la suya, diciéndole:

—Ven hijo mío, ven; has hecho bien en contar conmigo.

Al penetrar Murillo en el taller donde trabajaba el maestro, vió abierto sobre una mesa el cartón que le había enviado, y esparcidos aquí y allá sus dibujos. Velázquez le dijo acercándose á la mesa, poniendo el dedo sobre un diseño que representaba una cabeza de Virgen:

—¿Tú has hecho este diseño?

—Ciertamente.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticinco años.

—¿Y tu país?

—Sevilla.

—¿Tus padres?

—Gaspar Esteban Murillo y María Pérez.

—¿Son pobres?

—Sí, señor.

—¿Quién te dió las primeras lecciones de pintura?

—Un pariente mío, Juan de Castillo. Pero pronto me despidió diciéndome que no tenía más que enseñarme.

—¡Ya lo creo!

—Pedro de Moya, excelente colorista, volviendo de Londres para Granada, pasó por Sevilla y me dió algunos consejos.

—¡Se conoce! ¿Y cómo siendo pobre te has atrevido á emprender el viaje á Madrid?

—He aquí la industria de que me valí: compré gran cantidad de tela, la dividí en pequeñas piezas, las preparé convenientemente y después pinté en ellas varios santos, flores, pájaros y otros objetos, y lo vendí todo á unos comerciantes que estaban preparando un cargamento para la India.

—¡Muy bien!—dijo sonriendo Velázquez—; me gustan los hombres industriosos y los caracteres decididos. Ahora escucha, hijo mío,

y medita mis palabras, porque son las de un hombre que tiene alguna experiencia en el oficio. Esta cabeza de la Santa Virgen me ha bastado para adivinar cuál será tu porvenir, y desde ahora me atrevo á decirte que si Dios te concede fuerzas y larga vida, serán.....

Antes de terminar Velázquez la frase se abrió una puerta lateral y entró por ella un hombre que se adelantó hacia los dos artistas. Bien indicaba la riqueza de sus vestidos, el collar del Toisón de Oro que llevaba al cuello y, más que todo, su aire de superioridad, que este personaje era de un cargo elevado. Al verlo Velázquez se inclinó profundamente, y Murillo quedó desconcertado.

—Velázquez—preguntó el recién venido—, ¿en que os ocupabais ahora?

—Señor—respondió el pintor—, estaba haciendo una predicción á este joven.

—¡Ah! enhorabuena..... continuad, no quiero interrumpiros..... Si acaso estoy de más.....

Y haciendo ademán de retirarse, notó la turbación de Murillo, al cual dirigió la palabra, diciéndole:

—Amigo, no os turbéis así: el Rey de España deja aquí toda etiqueta.

Palabras que no dejaron de aumentar el embarazo del joven, hasta tal punto, que quedó como fuera de sí.

—Pues si V. M. me autoriza para ello—dijo Velázquez—continúo. Nuestra patria se enorgullece justamente con sus artistas, contando entre ellos en primera línea á Antonio del Rincón, á Vargas, á Morales el *Divino*, á Navarro el *Mudo*, á Sánchez Coello, á Pablo Céspedes y otros muchos.

—Y cuenta sobre todo—interrumpió el Rey—á mi amado y leal Velázquez.

—Pues bien—dijo solemnemente el pintor inclinándose de nuevo—dignaos conceder á este joven sevillano el permiso de copiar algunos años en vuestro palacio de El Escorial los cuadros preciosos que allí existen de Ticiano, de Rubens, de Van Dyck, y yo os aseguro, me atrevo á decirlo que Esteban Murillo será la gloria de vuestro reinado y el objeto de la admiración de la posteridad. Él sobrepujará á todos los artistas de España, sin exceptuar a vuestro fiel vasallo Velázquez.

El Rey y Murillo se miraron á un tiempo: uno quedó admirado,

y el otro atónito, espantado, abrumado con semejante predicción, mientras que Velázquez, tranquilo y risueño, fijaba de nuevo sus miradas en esa admirable cabeza de Virgen que justificaba sus palabras y que con anticipación de treinta años era el anuncio, el presagio cierto de «La Concepción Inmaculada», que algún día había de ser el pasmo del arte y la desesperación de los artistas.

A.

